

ASUNCIÓN ESCRIBANO HERNÁNDEZ



Solo me acarician alas
Antología poética



Diputación
de Salamanca

SOLO ME ACARICIAN ALAS
(ANTOLOGÍA)

ASUNCIÓN ESCRIBANO HERNÁNDEZ

SOLO ME ACARICIAN ALAS
(ANTOLOGÍA)

Prólogo
JOSÉ LUIS PUERTO

Diputación de Salamanca
2012

EDICIONES DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
SERIE AUTORES SALMANTINOS, N° ●●

1ª Edición: Abril, 2012

© Diputación de Salamanca y Asunción Escribano Hernández

© Prólogo de José Luis Puerto

Para información e intercambio dirigirse a:

DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
Departamento de Cultura (Publicaciones)
C/. Felipe Espino, 1, 2ª Planta
37002 Salamanca (España)
Teléfono 923 29 31 00. Ext. 617
Fax 923 29 32 56
E-mail: ediciones@lasalina.es
[http: //WWW.lasalina.es](http://WWW.lasalina.es)

Diseño y maquetación: Difusión y Publicaciones

Ilustración de cubierta: Xxx

I.S.B.N.: 978-84-7797-●●●●●

Depósito Legal: S. ●●-2012

Imprime: Imprenta Provincial

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea mecánico, electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

A Fernando

La poesía de Asunción Escribano:
camino de palabras
para emprender el vuelo

Hay, en la poesía de Asunción Escribano, un decir suave, un decir íntimo, un decir ligero, un decir claro, un decir emotivo, pero, al tiempo, un decir marcado por la intensidad, para expresar un itinerario vital, para convertirse en una suerte de profesión de fe: fe de vida, fe de amor, pero fe también del ser humano y del mundo. Una fe de vida cordial, orientada por la brújula de un humanismo hecho espíritu.

Y entonces la poesía se convierte en una biografía arquetípica, que vale para todos; en una cartografía de la vida del espíritu, a través de la que podemos orientarnos, como ocurre en el caso de la poesía de Asunción Escribano.

UNA CONSTELACIÓN MARCADA POR LA ESENCIALIDAD

No es extraño entonces que la autora cite a María Zambrano, o dedique un poema a José Ángel Valente. En realidad son guiños, porque Asunción Escribano, con tales gestos, nos está indicando la tradición poética a la que pertenece su palabra.

Porque no hay poetas adánicos, que puedan partir de cero, que puedan crear desde la nada. Cada poeta –y le ocurre también a Asunción Escribano– lleva en su conciencia y en su conocimiento toda la tradición poética anterior, tanto de

su lengua, como de la cultura occidental y de otras culturas. Y, a partir de tal herencia, el poeta elige –por su condición, por su carácter, por su inclinación vital, por el tipo de mundo que lleva dentro– la tradición a la que quiere pertenecer, a la que termina perteneciendo.

La tradición poética a la que pertenece Asunción Escribano –hemos de indicarlo ya desde el principio– es aquella que concibe la poesía como una verbalización de la vida interior, de la vida del espíritu, de la vida del alma, de la vida de la conciencia, pero, a la vez, manifiesta un sesgo existencial muy contemporáneo.

Es la tradición de la mística española, con San Juan de la Cruz a la cabeza; la tradición de un cierto romanticismo que prescinde de la retórica externa y grandilocuente y atiende más la vida del alma; la tradición también en la que, en nuestra contemporaneidad, se encuentran escritores como María Zambrano o José Ángel Valente, o algunos otros autores, como, por ejemplo, Paul Celan o Edmond Jabès.

Podríamos decir que esta es, a grandes rasgos, la tradición poética en la que puede inscribirse el decir lírico de Asunción Escribano, la constelación poética a la que pertenece nuestra autora. Aunque también habría que rastrear, a la hora de situar adecuadamente esta poesía, en tradiciones poéticas contemporáneas de tipo existencial; en este último terreno, acuden a nuestra memoria importantísimas mujeres poetas cuya obra tiene un gran calado existencial, como, por ejemplo, la rusa Anna Ajmátova, o la argentina Alejandra Pizarnik. No queremos decir que la poesía de Asunción Escribano siga o se inspire en la de estas autoras, no, pero sí que –como ocurre en las de ellas– la de nuestra autora tiene una poderosa carga existencial.

Cada poeta, con las herramientas que toma de la tradición lírica, de la constelación poética a la que pertenece, que matiza y renueva, crea y expresa su mundo propio, y, en la medida en que lo hace, aflora también un lenguaje personal, que reconocemos como de ese autor. Esto es lo que ocurre en el caso de Asunción Escribano.

Hemos de ir desgranando algunas de las claves –a modo de humilde guía– de ese mundo propio que verbaliza de un modo lírico muy hermoso, al tiempo que muy sobrio, pero con una sensibilidad muy acusada en el uso de la palabra, Asunción Escribano.

LA POESÍA COMO MANIFESTACIÓN DE LA VIDA DEL ALMA

La poesía, en Asunción Escribano, es ante todo vida del alma; de ahí que la autora necesite mirar hacia dentro, explorar en su interior. Pero esos adentros, los estados de ánimo que en ellos se manifiestan, tienen una correspondencia con el mundo, con los seres, con las criaturas, y, en no pocos casos, su expresión puede realizarse a través de ellos; por eso, un rasgo llamativo que descubrimos en la poesía de Asunción Escribano es una mirada hacia el afuera desde la perspectiva de sus propios adentros. Tal actitud provoca un mundo continuo de correspondencias y también de simbolizaciones.

Para acceder hacia los adentros y para poder verbalizar los estados psíquicos, la vida del alma, la secreta vida del espíritu –todo este proceso de interiorización está en la poesía de Asunción Escribano–, Antonio Machado –que también pertenece a esta constelación poética– se sirvió del hermoso símbolo de las secretas galerías del alma.



Asunción Escribano, a través de una palabra esencial y precisa, sobria y emotiva, intensa y llena de muy sutiles imágenes, nos está trazando una cartografía verbal de la vida del alma. Nos está plasmando su propia fe de vida, que es válida para todos, a través de universales psíquicos (de esos universales del sentimiento de que hablara Antonio Machado, ya que lo hemos traído a colación): el amor, el dolor, la alegría, la espera, la melancolía, la entrega...

De ahí que, en la poesía de Asunción Escribano, que es una indagación constante en la vida del alma, pero también en su correspondencia con los estados del mundo, del mundo en torno, de ese pequeño mundo en el que transcurre el existir de la autora, aparezcan en una continua interrelación el adentro (la vida del ser) y el afuera (la vida del mundo, del cosmos, de los otros).

EL ELEMENTO PROTECTOR: LA POESÍA COMO TALISMÁN

Pero no se nos puede olvidar y hemos de dejar apuntado siquiera otro componente importantísimo en la poesía de Asunción Escribano: se percibe en su escritura un anhelo – muy sutil y delicadamente expresado– de existir, de alcanzar otra vida más alta (como propusiera el gran poeta romántico Friedrich Hölderlin). A ello obedece, implícitamente, el título que la autora propone para esta reunión antológica de su poesía: *Solo me acarician alas*. A través de él, la autora nos está proponiendo, en el fondo, esa necesidad de buscar otra vida más alta: la vida del espíritu, la vida del alma, la vida de la humanización, de la fraternidad con los otros, la vida de la piedad (que María Zambrano definiera, de modo tan con-

seguido, como el trato adecuado con lo otro; algo que percibimos en toda la poesía de Asunción Escribano).

Sin embargo, este anhelo de alcanzar otra vida más alta, de ser acariciado por las alas, como elementos simbolizadores del vuelo, se encuentra con un obstáculo que viene de fuera, que produce el mal del mundo y que José Lezama Lima nombra con ese muy expresivo sintagma de “enemigo rumor”.

Sí, hay un enemigo rumor que trata de impedir el acceso del individuo, del ser, del poeta hacia esa vida más alta que busca. En la poesía de Asunción Escribano, aparecen señales también de ese enemigo rumor, que nuestra autora nombra con sintagmas tan expresivos como: “La quemadura del mundo”, o, por no poner sino otros dos ejemplos de expresiones utilizadas por la autora: “la cicatriz antigua”, o “el dolor del tiempo”.

Entonces, para tratar de alcanzar, para tratar de acceder a esa vida más alta, a esa vida plena, a esa vida del alma, a ese vuelo de la celebración (aquí, Claudio Rodríguez), y sortear las asechanzas de ese enemigo rumor, de esa quemadura del mundo, la poesía de Asunción Escribano se convierte en una suerte de talismán, adquiere un claro carácter de protección.

Debido a ello, la palabra se convierte en una palabra que protege, que cura, que trata de cicatrizar la herida existencial que todos tenemos abierta. Y la palabra de Asunción Escribano tiene esa pretensión, –conseguida, a poco que la leamos con atención– de convertirse en palabra talismán.

Y hay, sí, como hemos dejado apuntado, en toda la poesía de Asunción Escribano, de modo implícito, una clara contraposición, un dualismo entre esa vida más alta, esa vida del

vuelo, y ese enemigo rumor que la amenaza, esa quemadura del mundo que la abrasa y trata de destruirla. En un análisis pormenorizado, sería muy significativo analizar este dualismo, esta contraposición, que en la poesía de Asunción Escribano se establece y que le da un carácter tan especial.

La poesía, la palabra poética, nos hace abrazar siempre esa perspectiva esperanzadora de la vida más alta, frente al enemigo rumor del mal, de ahí que aparezca en esta poesía el símbolo del vuelo (ya en el título) y el del pájaro.

En el poema “Una caricia”, hay una hermosa imagen de la poesía como pájaro de nieve, vinculada al tiempo con la niñez, como estadio primordial, como tiempo primigenio, tiempo antes del tiempo: “Hay un pájaro de nieve. / El poeta lo protege / como resguarda su infancia / del deshielo del olvido”. La poesía vence, detiene el tiempo (“Un pájaro ha parado el tiempo / con sus alas”) y nos lleva siempre a una suerte de ebriedad y de ensueño: “Pájaro, poema o nieve, / qué saben de límites los ojos. // Del blanco al vuelo, solo una caricia”. Aquí está el sustrato conceptual que da sentido y que explica el título de esta reunión poética antológica de Asunción Escribano.

LA RAÍZ Y LA LUZ

Asunción Escribano verbaliza los estadios por los que va pasando su propio proceso de creación poética. Así, en “Balbuceo”, el poema de arranque de su libro *Señal o vestigio* (2009), percibimos cómo, en el primer momento del poetizar, hay un magma verbal –que eso es el balbuceo– “que se resiste a la luz”.

Y, a partir de tal balbuceo, ligado en principio con lo oscuro, con los fondos del ser, danza la palabra poética “en torno a la raíz”; pero, a partir de ese origen, tal palabra va “buscando los resquicios / de una confianza cordial”.

Y aquí nos encontramos con una hermosa percepción de lo que ha de ser, de lo que puede ser la poesía: la búsqueda, a través de la palabra, de “los resquicios / de una confianza cordial”.

Y tal palabra, como palabra fundadora que es, tiene como una de sus misiones más altas la de “Volver a bautizar el mundo”. Y, en la medida en que lo hace, el poeta se convierte en un demiurgo, algo de lo que ya hablara, de modo muy conseguido, Juan Ramón Jiménez.

La poesía –y aquí las tradiciones contemporáneas son muy diversas– es palabra vinculada con dos aspectos esenciales del ser: el conocimiento y la revelación. Asunción Escribano lo expresa de este modo: “Palabra de un nuevo conocer / que revela”. ¿Y qué revela? La respuesta está en los propios poemas de nuestra autora: la verdad, las cosas, el corazón del ser y el corazón del mundo.

Pero, frente a tantos lenguajes ensordecedores y enmascaradores del ser y del mundo, el decir poético ha de ir por otro lado, ha de consistir –como Asunción Escribano expresa en el poema citado– en “Decir con una palabra más pura las cosas”. Es esa petición del nombre exacto de las cosas de que Juan Ramón Jiménez hablara.

Y entonces, cuando la palabra poética es raíz, es luz, es confianza cordial, es conocimiento y revelación, es nueva nombradía del mundo –como ocurre en la de Asunción Es-

cribano— se convierte en protección contra ese “dolor del tiempo”, contra esa “cicatriz antigua”, contra esa “quemadura del mundo”, que nuestra autora percibe y que trata de conjurar con su “palabra más pura”.

LO AMOROSO. LO CÓSMICO

A lo largo de toda la poesía de Asunción Escribano, se manifiesta, de un modo constante, lo que podríamos llamar la perspectiva amorosa. De continuo, hay una referencia al “tú”, a la figura de la persona amada, como apelación, como búsqueda, como invocación...; elementos todos ellos que conducen, implícitamente, hacia una plenitud anhelada.

No podríamos ahora pormenorizar un análisis de tal perspectiva amorosa. Habremos de conformarnos, espigando de aquí y de allá, con indicar algunas de sus irisaciones.

Así, por ejemplo, en el poema “Cuando llega la noche”, hay una súplica al ser amado (“quédate a mi lado”), frente a la noche y sus miedos, también frente a la muerte. De ahí que la “Separación” esté presente como amenaza y como quiebra de la plenitud anhelada.

Esa súplica, esa invocación, esa apelación al “tú” es constante. En el poema “Una llamada es como un presagio”, es nombrado como línea, curva, siembra, lluvia, esperanza, fuego, cirio, salmo, aire..., términos todos ellos que, como imágenes del “tú”, provocan efectos maravillosos en el ser y en el mundo. Esta nombradía del “tú” funciona como un acto de amor (“Y te amaba en otros nombres sin saberlo”). Ese “tú”, ese ser amado, está omnipresente en el mundo, de ahí

la presencia de lo cósmico, siempre que Asunción Escribano alude a lo amoroso. En este sentido, si pudiéramos servirnos de un neologismo para expresar esta omnipresencia del “tú”, del ser amado, diríamos que en esta poesía hay una suerte, no de panteísmo, sino de *pantuísmo*.

Pero, igual que el ser amado está en todo, lo mismo le ocurre al sujeto poético. Así, en “Lo bello y lo terrible” –Rilke al fondo en el enunciado del título– (*Otros poemas*), indica la voz lírica: “Si soy sentir, hoy me siento incendio, bosque, cristal, o cuenco de agua derramada sobre / el aire efervescente” (¿*panyoísmo*?). Ese afán cósmico, de ser cosmos, está referido en esta poesía tanto al “tú”, como al “yo”, es común a los dos seres del amor.

El amor configura un cosmos y el cosmos es un espacio de amor, como útero que alberga a todas las criaturas. Esta vinculación de lo amoroso y de lo cósmico, a través de la utilización de un racimo de imágenes muy sugeridoras, la advertimos, por ejemplo, en *Hebra y sutura* (2012).

Hay una búsqueda en una doble dirección: por una parte, de dentro afuera; así, la autora busca “el incienso de tu cuerpo”. Y, en sentido contrario, de fuera adentro: “El gozo ya me busca”, que es como decir: la plenitud del mundo también busca al “yo”, a la voz poética, al ser. El ser busca al “tú”, en la plenitud del mundo, y la plenitud busca al ser.

Las imágenes cósmicas se multiplican para expresar la perspectiva amorosa: “La aurora sigue construyéndome el abrazo / y la hebra de la mañana lo propaga”, “Hay un cendal que estrangula la luz / de tu relámpago, que no puedo velar”, “Te reconozco en la calidez y en el milagro” (XII). ¿Inspirará el Lorca de *Poeta en Nueva York* estas imágenes?

Lo hímnico y lo cósmico se dan la mano en ocasiones: “Arquitectura del aire en pájaros, / haciendo del sol fragmentos, / lanzas y trémolos de dicha”. “Tus ángeles ligeros / que visten la mañana de rebaños leves, / de lámparas porosas que ascienden hacia el día” (xiv). El sentido de elevación se produce en el mundo, en el cosmos (aire, pájaros, día), pero también en el ser (dicha), dentro de un juego de correspondencias muy característico, aunque de un modo muy sutil, en la poesía de Asunción Escribano.

Porque la búsqueda del amor, la búsqueda de la plenitud, en el ámbito de lo cósmico, no es otra cosa que la búsqueda de esa segunda realidad, cifrada y oculta, que se esconde tras las apariencias. De ahí que la autora nos hable de “el texto oculto en que se cifra el cosmos” (xiv).

Las imágenes, de tipo amoroso y cósmico, para aludir al amor y al ser amado, terminan provocando una suerte de ebriedad que se convierte en dicha: “Entro en el crepúsculo de fuego, / con tu presencia callada como nube. / Untada de ti. Turbada por tu ardiente transparencia, / siento la inmortalidad del viento”, “Tu universo danza en mis sentidos”, “Tambor de astros, golpeándome en la noche. / Cuchillo lácteo que rompe el cielo / y que desgarrar.” (xv) Podrán ser percibidos claramente los elementos simbólicos en esta ebriedad amorosa y cósmica.

Pero la perspectiva amorosa cumple otra importantísima función, una función salvadora del miedo. Así, en el poema de motivo clásico “Aquiles y la tortuga”, nuestra autora nos habla de la “dicotomía entre el permanecer / y el andar dividiendo uno mismo el propio miedo”. Frente a este miedo existencial, el amor (como también la poesía, tal como enseguida veremos) tiene una función salvadora, pues nos permite acceder

a otra realidad, no mezquina sino marcada por lo imposible: “Prolongas tus caricias, y tu tacto / me acerca a lo imposible de otro modo”. Y ese dualismo (miedo / perspectiva ideal de lo imposible) queda superado y salvado hacia el lado del amor (“resuelvo la paradoja entre tus brazos”).

LA PALABRA IMANTADA. SALVACIÓN POR LA POESÍA

Decíamos que la poesía funciona como talismán. Es, desde luego, en Asunción Escribano, palabra que salva (“Solo nos salvaremos –indica en “Tautología”– por la poesía / o por el fuego”); una salvación que se acentúa cuando la noche llega: “Y en esta noche que se acerca, a punto / de abrasarme de silencio, leo poesía, / siento poesía, vivo poesía, y estoy / salvada para el mundo”.

Veíamos más arriba –y ya no volveremos a abundar más en ello– cómo, para Asunción Escribano, la palabra poética, además de ser salvación, constituye asimismo “un nuevo conocer / que revela”, un decir para “Volver a bautizar el mundo”, un nombrar las cosas “con una palabra más pura”.

En la serie que cierra la antología, *Otros poemas* (2001-2012), hay algunos textos que vuelven a reflexionar sobre la propia condición de la poesía.

Por una parte, se nos vincula lo poético con lo amoroso: “proclamas / en el precipicio convulso del amor, / que tu camino tiene forma de palabra” (poema “Manifiesto”).

Por otra, se otorga a la palabra poética una capacidad redentora (vuelve a aparecer el motivo –ya indicado– de la salvación por la palabra): “El cristal en que anudo mi palabra

... Es abismo ... que me redime la vida” (poema “Anudo mi palabra al silencio”).

Y también se vincula la palabra poética con el origen del mundo, con el mundo de la semilla y –ya lo hemos dicho también– con la plenitud: “La felicidad tiene forma de palabra, / de secreto antiguo y vegetal / ... / que recrea el fuego seminal del mundo”. (Y, aquí, aunque sea meramente indicándolo, hemos de llamar la atención sobre el valor simbólico del fuego en la poesía de Asunción Escribano).

Así, pues, la palabra poética es –y así lo van manifestando los textos de Asunción Escribano– raíz, balbuceo, origen, talismán, salvación, conocimiento, nombradía, recreación del mundo...

Pero también está atravesada por la luz (un símbolo de gran importancia en esta poesía). En el poema en dos partes que cierra la antología, “La mañana I”, la autora nos habla de una luz que incendia las palabras (“Hay una luz herida en la distancia / de un país donde se incendian los nombres / al rozarlos”).

Tal fenómeno ocurre en el país de la poesía, donde habita “el vehemente / ser de luz que da aliento a las palabras / y a las huellas”. Al “desmedido ritmo” que marca tal ser de luz (¿la inspiración?, ¿el decir inspirado?) se ciñe la autora y entonces aparece el decir ebrio, más allá de la lógica, que traspasa la palabra poética (“Me ciño a su desmedido ritmo / que golpea sin piedad en mis latidos, / y despuebla de lógica mi lengua”).

HEBRAS DE TIEMPO

En toda poesía de deriva existencial, como es la de Asunción Escribano, la temporalidad, la conciencia del tiempo, desempeña necesariamente una función de gran importancia.

El hermoso texto inicial con el que arranca esta reunión lírica –“Doble dirección”– es un poema de nacimiento en otoño, que ya nos enuncia una aparente paradoja temporal (“comencé a envejecer hacia la infancia”), para situarnos en el centro de la conciencia y de la voluntad de ser: “El tiempo rompió su dirección exacta / y la flecha del futuro retornó al origen. / A mi origen pequeño. / Y quise ser.” Ser y tiempo. Ser en el tiempo. Transcurso, con un punto de partida (origen, infancia) y una proyección (futuro, envejecer).

Existimos, pues, en el tiempo. De ahí que Asunción Escribano (ver el poema “Armonía”), con una gran sabiduría, propugne que nos dejemos mecer en el tiempo, en los ritmos cósmicos y temporales, para ser, de ese modo, verdaderos centros del mundo, verdaderos seres de plenitud (“Y soy y existo plenamente” “en el cauce lento y blanco de la luz”).

Y, dada esta aspiración a la plenitud del ser, a la plenitud de ser, el instante cobra una gran importancia: “Estoy / plena en el instante” (poema “Plenitud”). Y, entonces, existir es respirar: “Respirar aire, respirar tiempo, / respirar luz, /... / Por amor ser” (poema “Certeza”).

La perspectiva del tiempo no se tiñe aquí de tintes angustiosos, sino muy al contrario –al modo guilleniano, un modo de meseta, de altura, del que participa la palabra de Asunción Escribano– se impregna de instantes, de aire, de luz, de amor.

Y aquí tendríamos que acudir, entonces, a la perspectiva amorosa de esta poesía, de la que ya hemos tratado antes.

Si, en esta poesía se propugna una vivencia de la temporalidad a partir de los instantes, vividos y sentidos como plenitud y como amor, es lógico que la autora acuda a esos momentos del tiempo tan especiales –de sutura, de límite, de transición– que son el “Atardecer” y el “Anochecer” (títulos de ambos poemas de *La disolución*, 2001). En el primero, asistimos a la espera feliz en el crepúsculo, cuando “la existencia” se convierte en “cielo, lumbre, / calma”. Mientras que, en el segundo, percibimos esa sensación cósmica que produce la noche y, de nuevo en el útero del hogar, en soledad y en silencio, nos invade el sentimiento de “el inútil / discurrir de los afanes en que la vida verdadera / se consume”.

Porque la sabiduría de la vivencia del tiempo, en la poesía de Asunción Escribano sólo se logra en la búsqueda de “la vida verdadera”; de ahí la *meditatio* anterior –de tipo manriqueño, diríamos– sobre la inutilidad de muchos de los afanes tras los que andamos ciegos.

Y es precisamente esa búsqueda de la vida verdadera la que genera en esta poesía ese anhelo metafísico de serlo todo, de existir plenamente (“ser profundamente todo”, nos indica la autora en el poema “Serlo todo”, en una suerte de panteísmo del ser). Para expresar el anhelo de acceder a tal territorio, Asunción Escribano nos habla de “el estado extremo de blancura”, de “la transparencia infinita” o del “fulgor”.

Las alusiones al tiempo, a la temporalidad, motean toda la poesía de Asunción Escribano, de ahí que sólo podamos abordar tal perspectiva a modo de apuntes y de fognazos.

No es extraño que aparezca el mito eliadiano del “Eterno retorno” (que así se titula un poema de la sección final *Otros poemas*). Se nos habla en él de “lo curvo que es el tiempo”; y, como recuerdo de una cita infantil, se nos sentencia: “Lo que fue, eso será; lo que se hizo, / eso se hará; nada nuevo hay bajo el sol”. El eterno retorno se da la mano con la antigua sentencia de origen bíblico del *nihil novum sub sole*.

Pero, pese a esta perspectiva de la eterna reiteración, del eterno retorno, nuestra autora nos vuelve a reiterar algo que ya nos había dicho: el tiempo también es salvado por el amor (“Cojo tu mano y acaricio mi vida en ella”), que se convierte, de ese modo, en salvación de cada ser humano que lo vive.

Y el tiempo –o, casi más bien, la superación del tiempo– también se inmiscuye en uno de los símbolos claves de esta poesía: el del vuelo. Y, aquí, percibimos cómo el vuelo (símbolo de la plenitud del ser), en realidad, tiene la facultad de suspender el tiempo (“Un pájaro ha parado el tiempo / con sus alas”).

UN CAMINO DE PALABRAS PARA EMPRENDER EL VUELO

Pero es que la perspectiva del vuelo no es otra que la perspectiva amorosa. De ahí que la poesía de Asunción Escribano termine constituyéndose como un camino de palabras, como un itinerario verbal, para emprender vuelo.

Pero ¿qué es el vuelo?, ¿en qué vuelo estamos? Es el vuelo del querer ser, del querer existir en plenitud, una plenitud que está marcada por huella del amor, como huella salvadora del ser. Y ésta es la fe de vida de esta poesía.

“La quemadura del mundo”, “la cicatriz antigua”, “el dolor del tiempo”... de los que también se habla en esta poesía, quedan superados, desbordados, salvados por la perspectiva amorosa del vuelo.

De ahí que Asunción Escribano nos hable de continuo de la luz, de la existencia en la luz –otro importante símbolo en esta poesía– (“tengo la certeza de pertenecer / al reino transparente de lo bello”, “soy más cristal que sombra”...) y, en definitiva, del vuelo en la luz (una de sus simbolizaciones, por ejemplo, es la del “pájaro que alumbrá”).

Y esta perspectiva presupone, claro está, una ética, que también nos la encontramos aquí. Así, en el poema “Olvido”, se nos indica con claridad: “No intervenir en la rueda ordenada / de deseos, calumnias o rencores. / Convertir el silencio en aliado y optar / por la sonrisa como cruzada ingenua”. Es la ética del inocente y del puro. Y del humilde (“Sólo permanecer no sabiendo nada”).

Y, en ese vuelo amoroso que en la poesía de Asunción Escribano advertimos, están contenidos el cielo y la tierra, el vuelo y la raíz, aunados y armonizados a través del emblema del cereal, del trigo (recordemos los misterios de Eleusis) que (en el poema “Metamorfosis”) “vuelve a su ser” y le habla a la autora “de la permanencia”, de ahí que quede anudada “a las alas y a los surcos”.

Es la vinculación con el cosmos, es la vinculación del ser con todo lo creado: con el arriba, con el cielo que es vuelo; y con el abajo, con la tierra que es pan y que es raíz”.

La autora siente que vuela “en la unidad”, en esa fusión del arriba y del abajo. Y el vuelo es el que propicia el canto,

la nombradía del ser y del mundo. “Alguien canta su nombre entre los árboles. / Es un pájaro cansado de su vuelo” (poema “Sombra y pájaro”, dedicado significativamente a José Ángel Valente).

El poeta, como pájaro solitario y fraternal al tiempo, es el encargado de cantar el nombre de todos. Es el encargado de dar sentido a las palabras de la tribu (Mallarmé, Valente...). Y ésta es la tarea que en su poesía aborda, de modo conseguido y hermoso, de modo incansable y sostenido, Asunción Escribano.

JOSÉ LUIS PUERTO

LA DISOLUCIÓN
(2001)

DOBLE DIRECCIÓN

Elegí nacer un día otoñal y roto.
Los árboles oxidaban sus raíces
con el aire pleno de amarillo y lluvia.
El tiempo rompió su dirección exacta
y la flecha del futuro retornó al origen.
A mi origen pequeño.
Y quise ser.
El orín dorado de la transparencia
encendió mi voluntad.
Supe de la reconciliación y del perdón.

El punto del principio se acortaba
en su doblez, simétrico a sí mismo,
recogiéndose ovillado en una desmesurada
fuerza de gravitación.
Y todos fuimos culpables del pasado,
todos responsables del amor que nos congregó,
todos causas de las causas que generaron
el presente. Contra la lógica efímera
de la evidencia sensitiva,
comencé a envejecer hacia la infancia.

CUANDO LLEGA LA NOCHE

Esta noche de agujones encendidos en mis ojos,
de coágulos helados sobre el tapiz oscuro del viento,
quédate a mi lado.

Guíame por la geografía alfombrada de tu tacto,
para navegar juntos el miedo como peces indigentes
de caricias.

No me dejes morir sola en el engarce infinito de las horas.

SEPARACIÓN

Entre tú y yo
solo la transparencia líquida del cristal más frágil.
Cuántos inviernos perdidos.
La quemadura del mundo en mis ojos
llevaba tatuado tu rostro sin tiempo.

OBJETOS COTIDIANOS

Me sobrecoge contemplar
con qué contundencia
se instala la vida entre las cosas.
Como si no fuera con ellas.
En un afán de prescindir de la
intensidad inútil del sentido.

IGNORANCIA

El universo se expande
hacia lo inmenso,
y nuestro cerebro,
cada vez más pequeño,
sobrevive
hormigueando cotidianidad,
en la arena presurosa de los días.

ARMONÍA

Vivo en un hueco, en una cáscara,
en un odre vacío y roto, deshecho.

Y soy y existo plenamente.

En torno mío se suceden los días,
los soles, las tardes incendiadas

en un vértigo de tiempo. La espiral
de los ciclos me conduce a la densidad
profunda del instante, y cadenciosa,
me dejo perfilar por su vaivén.

Me acuno en su ritmo, en su empuje,
en el golpe exacto de su hacer,
para recogerme más tarde, y siempre,
en el cauce lento y blanco de la luz.

PLENITUD

No voy a ninguna parte,
no me conduzco. Estoy
plena en el instante, de él
satisfecha y redonda, absoluta.

CERTEZA

Respirar aire, respirar tiempo,
respirar luz,
es el único sentido del presente.
Todo es igual a uno.
Todo es ahora.
Y solo una certeza:
Por amor ser.

OLVIDO

Comer del loto dulce del instante
y no querer volver a la redonda y
sucesiva cansada historia de los días.
Quedarse como un lotófago dichoso
en la tibieza cadenciosa del olvido,
resistiendo el vértigo afilado de las horas.
Aunque el mundo subaste clamores,
y exija una bacanal de ritos y de citas.
No intervenir en la rueda ordenada
de deseos, calumnias o rencores.
Convertir el silencio en aliado y optar
por la sonrisa como cruzada ingenua
de ternura insólita y de sacralidad.
Dejar abrasar la carne por la consistencia
ebria de tus ojos que lloran luz, derriten
prisas, afanes estériles y resbalan sobre
el duro contorno de las cosas sin rozarlas.
Solo permanecer no sabiendo nada,
sin posible regreso a la memoria.

UNA LLAMADA ES COMO UN PRESAGIO

Te llamaba línea, y dibujaba tus contornos
en la arena, dejando disolver los límites
precisos en la anchura prodigiosa del abismo.
Curva, y moldeaba en ondas la armonía
de la tarde con su espesor de cauce.
Siembra, y las cosas restallaban
como trigo furioso bajo el viento.
Lluvia, y sentía amanecer la almohada
húmeda de jazmines ebrios y rocío.
Esperanza, y los niños se reían
con las manos abiertas, blancas y espumosas
de los estanques somnolientos en otoño.
Fuego, y en la noche palpitan los perfiles
de los astros al son del cierzo sobre el río.
Te llamaba cirio y estiraba mi presencia
para rozar tu luz levemente con los dedos.
Te llamaba salmo e invocaba la música
del relámpago en abril y su haz de lumbre.
Te llamaba aire, conteniendo la respiración,
para asumir en una bocanada larga tu presencia.

Recibía tu llamada desde dentro, pero
afuera las cosas te gritaban. Señalaban
tu nombre y tu existencia como fiebres,
como llamaradas, como incendios bruscos.

Y te amaba en otros nombres sin saberlo.

TU NOMBRE ME SUEÑA PURA Y FRÁGIL

Me sobrecoge la exacta verticalidad de tu nombre
que abrasa la saliva al convocarlo.
Me asfixia su permanencia,
que desborda mi capacidad de nombrar,
y solo consigue que la piel se transforme en ceniza.
Me asombra su densidad pastosa,
que tatúa mi boca, atraviesa mi vida,
la horada y la desgarrar,
en un instante agudo de dolor hermoso.
Cómo no dedicarte mi mirada y mi horizonte,
mi caricia y mi palabra de futuro.
Cómo no admitir el silencio
como única promesa en nuestras vidas,
opaco al poder de exhibición
que transmuta los seres en objetos,
y aplasta lo que vive con su peso.
Tú certificas mi existencia. Tu nombre me reclama,
su sonido habita mi caverna, y me sueña lenta,
pura y frágil, extendida al firmamento de tu rúbrica.

ROZARTE

Haber rozado tu nombre levemente
y no poder volver a tocar el mundo
asustada de su aspereza.

CIUDAD SIN NOMBRE

La luna cabrillea en los charcos
sucios de la noche. Araña
el cáliz de miedo y de silencio.

La ciudad no tiene nombre.

Se lo prestan tus pisadas
a mi lado.

TAUTOLOGÍA

Es sábado, todo respira en torno a mí
un fulgor de eclipse,
una paz de granero abandonado.
Tras los cristales, la ciudad transcurre
bulliciosa.
Pero yo prefiero el sosiego fetal
de un libro.
El clamor de una página vuelta
sobre sí.

La lluvia golpea la ventana,
o quizá sea mi corazón
que canta.

El tiempo se sucede tibiamente,
paseando su indolencia
por los relojes de la casa.
Y yo me acurruco en un pensamiento:
“Solo nos salvaremos por la poesía o
o por el fuego”.

Y en esta noche que se acerca, a punto
de abrasarme de silencio, leo poesía,
siento poesía, vivo poesía, y estoy
salvada para el mundo.

ATARDECER

Qué felicidad esperar sentada a que el poniente
contamine los cristales con su canto rojo
de la tarde. Qué ruido de sueños presagiados.
Qué arpegio de aire turbio. Qué silencio.

Entonces tiene nombre la existencia: cielo, lumbre,
calma, baño de fuegos enhebrados en la noche,
oro encendido, luz más intensa que la luz cenital.
La del corazón solo, volcándose en los ojos
y en el horizonte quieto,
como un enorme mastín manso y apesadumbrado.

ANOCHECER

Gotea la noche como un orvallo tibio
sobre la tierra, y empapa el pensamiento
de sigilo y soledad. Amamantados ya sin ira
en esa ubre que es el firmamento,
adensamos nuestras manos en la calidez
errante del silencio y su murmullo.

Todo lo inunda el crepitar lento de las brasas.

Es entonces cuando se comprende el inútil
discurrir de los afanes en que la vida verdadera
se consume. Su fatigada vocación de muerte.
Su desvío del cauce plácido del fuego, con su luz
a punto de abrasar el filo inerte de las cosas.

GEOGRAFÍA DEL SILENCIO

La lluvia no es como un cristal impávido.
En las tardes macilentas regresa el agua
a desperezar risueña con su cabrilleo
las ventanas que me enlazan con la vida,
como una aletargada mariposa de presagios.

Un desgarró de mil aves cruza el aire
arrastrando tras de sí los últimos retazos
de la siesta, y vuelve en sí la geografía
a vestir de luces mitigadas el insomnio.
Bostezos de aire húmedo que estremecen
la desolación de las liturgias otoñales.

Estoy sola tras las luces que se apagan
lentamente. Y quisiera ser el paisaje
ausente de la noche, cambiar mi desnudez
por el deshielo de los astros en un cielo
que expectora languidez. Ver solo el manar
en penumbra del camino que se pierde
en la distancia inmensa del crepúsculo.

Ser solo las sombras cuando desciende ya la madrugada.

SERLO TODO

Puedo concebir el estado extremo de blancura,
puedo imaginar la transparencia infinita,
abismarme en el pozo profundo del fulgor,
dejarme invadir por la ternura pálida
y parar de ser, consciente de mí misma,
para ser profundamente todo.

REDENCIÓN

Un verbo contiene el universo
y sus susurros: “Soy”.
Tautología eterna que revienta
en flores y rugidos,
en cristales y tañidos de campana.
Al fondo, el horizonte habla
de su fractura y su dilatación,
derramándose en formas limitadas.

La luz baña mi rostro,
y lloro en silencio
la redención de su belleza.

EL ORIGEN DEL MUNDO

(2002)

EL ORIGEN DEL MUNDO

El origen del mundo son tus manos,
los pájaros que cabalgan mi cansancio
en la pálida bóveda del aire
como una lenta cascada de sed.

He viajado en los círculos del tiempo
hasta encontrar esta piel vesánica
de arena, hasta amanecer entre
sus turbias algas. Brisa de noche,
un cuajo de sol inunda el cielo.

El tiempo que no tropiezo con tu tacto
no es el tiempo, es espacio sin su forma,
la noche arrastrada en desvarío.
He viajado en los círculos del sueño
hasta encontrar la flor de tu caricia.

Una barca atraviesa mi fatiga:
tu abrazo como un cálido naufragio
que toca el silente nudo de la luz.
Brazos de luz derriten mis orillas,
puñados de cal, falenas sin su musgo.

Se encendieron los surcos de los días,
se rompió el silencio de los poros.
Como duna de invierno me calcina
el candil desgarrado de tu piel.

Poder no envejecer entre tus manos
que quieren como siempre abandonarse
en el caudal risueño de la herida.
Llagas de luz sembradas de gorriones,
lúvidas tinieblas, lechuzas blancas.

Tu cuerpo de agua, de miel sumisa
y tibia sal. La misma nieve
que colmaba las mañanas, ahora
es lluvia. En ella voy a derretir
la arcilla que contiene mi delirio.

El origen del tiempo son tus manos,
los ciervos que trasladan mi derrota
hacia el panal caliente de tu mies
en el cáliz abierto del estío.

Caballos que vuelan mi nostalgia,
lirios de estanque y de abandono,
olvido respirar cuando me rozas.

METAMORFOSIS

(2004)

METAMORFOSIS

El trigo que vuelve a su ser,
después del golpe herido
en su ser del viento,
me habla del quedarse
en sí, de la permanencia
frente al impacto y al sonido.
Del inagotable transitar
del amarillo, oscureciendo
su cualidad de sol,
hacia otro amarillo más otoño.

El horizontal navegar
por la línea desplegada del espacio
de infinitas aves, a mis ojos
les habla del cambio,
de que nada se mantiene igual a sí.
De que el estar es una cualidad
pasajera de la brisa,
y ligera del tiempo.

Mi cuerpo y mi mirada
me señalan diversa y única.
Nombran de mi interior, el centro,
y de mi carne, el rastro.
Algo que se mueve y que resiste,
y me ata al trigo y al incendio,
que me anuda a las alas y a los surcos.
Pan y vuelo en la unidad
de quien sostiene un trazo
más azul que el mundo,
y es capaz de ser, raíz del cielo.

OTOÑO

La fisura de la lluvia
tiembla sobre un cirio de hojarasca.
Las piedras no respiran,
exhalan su amarillo en pesadumbre.

De sus días a mi cuerpo
hay un silencio de arpas.
-Ignorancia de mis manos con espinas-.

Solo puedo retirarme de mí misma
y de este otoño que se clava
sobre el blanco candor de lo visible.

LA MAÑANA

La mañana como un confuso espejo
que desoye los contornos que contiene
se arrastra por tu piel.
Un grito de carne apresurada
nos hace sentir solos,
a pesar de las sábanas,
de sus pliegues y matices
que acunan los gestos de tus labios.
Animales que trepan por mis ojos
me culpan por tañir esta mañana
el mundo del otro lado de la vida:
necrosado o mortal.
Y la luz escuece
al saber que quizá no sea real
la noche como salvación o desamparo.
La distancia entre el ayer
y el nunca está en el nombre
con que callo el contenido de tus manos.
Formas antes.
Ahora solo hechuras del vacío.

EL TACTO DE LÁZARO

I

Vengo del tiempo con frío y con escamas,
arrastro multitudes en mi sombra,
las losas de un reloj desparramadas
sobre el húmedo quicio de la noche.

Llego con un cansancio de milagros
y tiemblo en los cristales del dolor,
en los túneles secos, en los yertos
cuchillos, mientras el aire es polvo
por la estepa varada del hastío.

He amado las águilas azules
antes de caer heridas en el musgo.

Llego con un tedio de prodigios
rotos por las arenas blancas del verano,
y tiritito en los vidrios de la furia,
en la espera que vacía el horizonte.

No hay más tristeza entre los párpados
que el hambre que están gritando mis orillas.

Sobre el frío crepúsculo del sueño,
un golpe de sed me ha abierto la pena.

II

Rodeada de pájaros azules
que te muestran
la sal de los paisajes
que mueren si los miras,
no quedan más que ramas
a las que agarrar
tu desconsuelo,
vacías de plumas
y frías de sonidos.

Ahora ya podrás
viajar sin equipaje:
Todo lo que vuela
arrastra un trozo de tus ojos.

Hay un lugar del llanto
que guarda en sí tu infancia.

III

No tiene nombre lo que busco:
La simetría torpe de la forma,
o el azul vertical de su regazo...
Un camino blanco de cerezas,
o esa fuente en la que oigo sus gemidos...
No te engañes, Sísifo
con la realidad cansada al hombro,
se pertenece al mundo o al olvido,
y yo ya elegí el camino de la sombra.

IV

Quema el rostro de la tarde,
su quejido desterrado ante el nidal
de lluvia que empaña su latido.
Quema entre los dedos su goteo,
el espejo desvalido
que anuda en su humedad
la raíz de la sombra.
Quema el azar de no saberse agua,
de no sembrar el nombre de los días,
y conseguir asumir sin furia su simpleza.

Contienes la mirada
para sujetar dentro de ti lo que se muere.

V

*“el que entra en una tumba blanca
y prueba el blanco y duerme sobre el blanco
no debería ya manchar con otra elección
el lugar de lo sagrado”*

(JUAN CARLOS MESTRE)

Volviste con el rostro cansado de las sombras
y el tacto macilento de tierra y de gusanos.

Sabías que la noche compite con el brillo
de las cosas que gimen y nos rescatan los días.

Rozaste los silencios del filo de la muerte,
el desgarró que indica el final de la espera.

Viajaste en lo profundo de la paz de las huellas
que otros te sembraron para señalar la huida.

Supiste con tus manos del color de los lienzos
que cubren con su blanco la herida de los bordes.

El tiempo tiene ahora densidad de paloma
y las tardes cansadas se filtran en la arena.

Callados los estigmas del límite del fuego,
tu piel anuncia el tiempo del silencio que escucha.

Tus manos te señalan el peso de los sueños,
el gesto de las cosas te muestra su delirio.

Recreas los espacios que rozas con tu tacto,
bautizando los huecos de una vesánica llaga.

Tu esfuerzo no consigue llegar hasta el milagro
de lavar con tu sangre lo negro de la vida.

Mientras todo se anuda entre tanta tristeza,
como a un pájaro tibio, su país te ofrece el aire.

EL DESCANSO DE LA HERIDA

La Palabra como un ciervo de agua,
como un pecho blanco en que anidar
el cansancio infinito de las alas.

Porque en sus aves no tiene nombre la tristeza.

PUNTOS DE FUGA

I

No tienes fronteras. El aire no te roza.
Un pájaro quiere bautizar tus manos
pero están sobre el agua,
haciendo palpitar el brillo de la tarde.

La noche comienza a acariciar tu cuello
y se deja resbalar, como un chal
cansado, sobre tu rostro de seda.

El aire, el pájaro o la noche
te son extraños.

Porque tú perteneces a la lluvia.

II

Alimentas tu celda de silencio.
Te cansan los minutos
y el juicio al que se entregan las caricias.

Miras caer las hojas de un otoño
que se parece a tu infancia.
Un lienzo de musgo ante los ojos
te basta para ser.

No conoces ya la palabra lejanía.

III

Vives en ese océano disuelta
de vértigos y brisas,
sitiada por la orilla más convulsa
que perfila los objetos con su nombre
y tu forma de mirar, enhebrada
al parpadeo del sol en el asfalto,
engarzada en la liturgia del viento
sobre el agua.
La tarde respirando su propio asombro
y tú a punto de arrancarte
esa frontera
asfixiante que es la piel.

No hay nada más doliente
que ese silencio que en tus venas
no acaba de estallar.

REFUGIO

Tengo mi refugio
en el centro mismo de la fiebre.

EL DON

Toda la noche el aire
 ha desprendido
 un suave llanto
de la cicatriz antigua
en que atesora el mundo
sus dones más amables.

La habitación al trasluz dilata
 la opresión de sus paredes,
y siento deslizarse las palabras
 sobre el fogón rendido de mis ojos.

Una gracia húmeda me acuna
en el silencio amontonado
 de la respiración de los minutos.

Y tengo la certeza de pertenecer
al reino transparente de lo bello.

EN LA NOCHE

Hay un instante en la noche
en que la fiebre lacerada de tu luz
pulsas la frontera de mis poros.

Hay un instante sonámbulo
en la noche
en que hago el amor con el aire
y soy más cristal que sombra.

CLARIDAD

Anudo tu aliento a los poros de mi sed.
Sobre la plata blanca del vagido de la tierra,
el abismo de tu canto fulge en la madrugada.
Y arranca heridas al pájaro que alumbra.

LA SED

Una lágrima.
Con todo el corazón del universo
te he amado entre sus aguas.
La sal tiene tus ojos,
y no sé sino beber
la claridad de tu tristeza.

TEGUMENTO

Tibia cavidad de vuelo y aire
en que respira la simiente
de mi sed,
eres profecía y eres lecho.
Cobijada por tu círculo matriz,
solo espero
la blanca zarza de tu hálito,
el quieto arpón del resplandor,
la vertical germinación de tu silencio.

ALAS

Has sembrado mi vida de palomas
que me impiden escribir
sobre el dolor del tiempo
o la nada que acecha tras el triunfo.
Esta noche, entre nudos de silencio
y reflejos blancos,
solo me acarician alas.

SEÑAL O VESTIGIO
(2009)

BALBUCEO

*“Nada es signo, como si se vislumbrase
un reino donde lo que significa
y lo significado fuera uno y lo mismo”*

(M^a ZAMBRANO)

Amanecer en lo dicho.
Balbuceo errante que se resiste a la luz,
aunque esta le cobije
y haya desplegado hacia él ya el encuentro.
Danza entonces la palabra
en torno a la raíz
como el tacto de a quien le negó la vida
el gozo de la vista,
buscando los resquicios
de una confianza cordial.
Alas de paso o salmo de una espera
que sueña con germinar
entre vientos y delirios.
Palabra de un nuevo conocer
que revela una verdad esperada.
Bautizo que no llega,
nudo invisible
donde se esconde el tiempo.
Paraíso en el que el hombre
entrega su esperanza,
y que no sabe nombrar
sino en vocablos partidos,
tan solo acariciando

en un aullido roto,
sin conseguir ascender
ni dar forma al vacío,
a la vibración del cosmos
contenida en sus sílabas.

Universo,
señor de las palabras huecas,
con un clavicordio-corazón,
escucha la música eterna
que te contiene,
y navega el barco del silencio.
Navega por un tiempo
que ha parado su reloj
en el instante en que el color
pronuncia en óleo vivo su otro ser.

Volver a ser respirando el aire
que conduce a un nuevo despertar
cada mañana,
en que la luz matiza el color
de una luz aún más blanca.
Volver a bautizar el mundo
en la confianza de invocar su rostro
ya distinto.
Decir con una palabra más pura las cosas,
que no pueden ser sino un balbuceo posible,
y que en su regazo sostienen el espacio
de la posibilidad infinita.
Palabra de un nuevo conocer
que revela una verdad presentida.

*“Y la palabra primera se recoge,
vuelve a su silencioso y escondido vagar,
dejando la imperceptible huella de su diafanidad”*

(M^a ZAMBRANO)

Invoco tu nombre para que me salve del frío.
Escribo entre líneas la hora del cielo
en que vuelve la infancia a arañar con su trigo.
Te llamo llanura, letargo del frío
o respunte de nieve.
Pero luz en la luz, mi palabra enmudece.
No recuerda su origen
en que hizo del silencio el todo.
El no deseo de nada, ni fuerza ni señales.
Solo uno en el ser.
Solo presencia que respira en su vida el aire.
Señal o vestigio.
Hambre.
Palabra hecha de nada
que se rebasa en su hechura
y que no da nombre al sol que la ilumina.
Silencio que espera poder llegar a ser
lo que cobija en lo hueco.
Copa o cuenco en apertura,
iniciando un mundo en su posibilidad inmenso.
Alerta siempre,
esperando ser nombrado.
Comprensión anterior al nombre.
Saber de la existencia del hueco
por el palpito que en nosotros resuena.

Quise saber tu nombre
y te hiciste arena entre mis manos.
Di forma a tu cuerpo con palabras
y se fundió tu paisaje en acuarela.
Nieve dialogando en agua
con mis huellas.

Ya no eres un corzo, ni una libélula rota.
Solo tienes el agua de un cristal empañado.
No haber mirado nada todavía,
y sin embargo saber de su existencia
por la reverberación del aire sobre el tacto.
Al nombrar no tienen ya forma las formas.
Morada del descenso hacia el origen.
Viaje a las simas de la nada.
Sin nombre ni posible identidad.
Vacías de flores,
pero bañadas en un océano de luces
que tan solo señala el camino difuso
de lo blanco.
Todo convoca en la noche.
Una palabra espera
a que alguien la pronuncie
y aliente de nuevo la vida.

*“En el débil resplandor de la resurrección
la palabra al fin se desprende dejando su germen
intacto, que en el débil clarear de la libertad se
anunciaba un instante antes de que la realidad
irrumpiese”*

(M^a ZAMBRANO)

Una caricia sella en la piel
el límite del nombrar.
La tarde y su sombra anuncian
lo que anticipa al silencio.
Hay un instante en lo dicho
en que todo es su posibilidad.

Entre las palabras me anudo
a esa que no puedo decir
cuando tras la lluvia de junio
el aroma hace presa en tus ojos.

Aves de junio que siembran el aire,
albercas de silencio,
dicen que el cielo tiene cauces.
Caminos en las plumas
que no saben nombrar los nombres.
Una palabra
que inmóvil mueve el mundo
sin sus bordes ni sentidos.

He mirado los ojos a un niño
y ha respirado la vida,
sin saberla todavía decir.
Solo la palabra,
palabra nacida de sí para sí misma,
asida al frágil fulgor del límite.
Silencio que transparenta su contenido,
“catarata o volcán”,
la naturaleza habla de sí en su forma,
o en el cuenco de una mirada que calla.
El silencio opone a la lógica su sentido,
ausente de evidencias.

Un pájaro que quema la tarde
es más explícito que su nombre.
Una cabalgata de polen, me acaricia
más que el poema que escribí a su canto.
Volver a nacer al mundo:
renunciar a sus sílabas.
Ser solo el sol,
que inunda la tierra de sombras.
El soplo leve que anuncia un tiempo
de trigo y de espadañas.

Respirar noche o canto de cigarras
que sin decir dicen,
que pulsan el palpitante del canto
en el extremo de todo.
Mirada a punto de romper su molde,
mudez como sementera
del ocaso para nada,
sin otro fin que su propio resplandor.
Respiración fundida dentro y fuera,
que desata y une.

Dónde sostener los límites
cuando no hay límite
que pueda abarcar en sí a la armonía.
Alfabeto de la noche en sus aromas,
palabras no dichas,
que crepitan en el aire inflamado
en la ausencia de sonidos.
Un pájaro cruza al borde de la luz el cielo,
rompiendo en su danza el aire.
Pájaro que hizo de su ala mi delirio.
Un arpegio de sangre da su matiz al cielo.
Arterias o estrellas
cuya danza esboza la vida.
Al filo de este abismo me he parado.
Hecho de tanta nada
que arranca un gemido a la carne.

¿Dónde residir sino en el límite?

HUELLA

“Y luego se esconde detrás de la claridad”

(M^a ZAMBRANO)

Claridad que nace de lo hueco.
Vacío de sí para dejar ser al ser.
Las huellas lo señalan
y las alas indican con su canto su guarida.
Pero no deja de ser nada,
más allá de toda búsqueda,
de darle una forma a la ausencia de sentido.
Nada...,
y junto a la nada el silencio,
que expresa la renuncia al discurso cansado.
Algo ya lo anuncia,
una rama que danza el enredo del viento.
Pero no nombra al hueco,
que no tiene nombre.
Solo señala el lugar de su ausencia,
la redondez de su forma
que juega a hacer luz del aire.
En el centro del tiempo, rasga,
como una saeta, el aire un pájaro.
Túnel de sed y luz, abre una vieja herida.
En el centro del tiempo relampaguea el trino,
hilo de nada que incendia el día.
Como si una huella perdida
abriera en la piel
un espacio de mar, con su canción antigua.

Ascuas de luz y de ceniza,
escucha una voz que no es suya
y reclama el nudo de lo que no se nombra:
mantel, milagro o nieve.
No hay palabras que puedan decir la forma.
No hay preguntas que puedan señalar el rumbo.
Ya no hay más que una mirada
que se une en vertical con la lluvia.

Ser lluvia es saber el color del lienzo
que cada espejo del amanecer dibuja.
Ser, dentro, como es la respiración,
cuenca infinita del espacio.
No poder nombrar al hueco
que no tiene nombre,
solo señalar el lugar de su ausencia.

No hay sonidos que no procedan
de la tela del latir de una cigarra,
contra el turbión del vibrar de un sauce.
En este encuentro de música y silencio
queda para el tacto un espacio,
y la sensación que produce
el extremo de lo que no entendemos,
y es más nuestro que nuestro propio yo.
Todo se dice a sí mismo en su presencia,
anudando en su ser la ausencia de señales,
la cesación del tiempo,
el sentir que no piensa,
sino que conoce la vida como suya,
realizada de nuevo sin renuncia.

Hay otra forma nueva de ser árbol.
Sin contar ya los ritmos
y la hechura de las ramas,

sino dejando su presencia
para que del todo sea,
y diga de su vida lo que dice.
Y conocer su semejanza desde el centro
“deslumbrado” y “aterido”
al mismo tiempo.
Escuchando la voz que nada dice,
porque lo dice todo,
a la herida que se abre
y que intuye en el roce presentado
lo que es y no es al mismo tiempo.

Silencio,
la tarde duerme un sueño de paisajes
que alguien pintó en la pupila callada
de un pincel herido.
Canta un pájaro en la nada.
¿Es solo un silencio
o mis ojos perdidos en el sueño?

Entre el pecho y las manos descansa un bosque.
Ha abierto su herida, la madrugada,
y pregunta por el nombre
que olvidó en la siembra.

“Una llama que funde el sentido hasta ese instante ciego con su correspondiente ver; y con la realidad misma que no le ofrece resistencia alguna”

(M^a ZAMBRANO)

Abiertos a la nada
cuando de la nada nada sabemos.
Ni siquiera el nombre.
Ni el de las formas que nos rodean el tacto.

Hay un hueco en la nada,
hay un hueco en la sombra.
La luz de la mañana nos perfila y vacía.
Tu rostro no me llama
porque mira a los ojos del fulgor
que se esconde detrás de los cristales.
Ausencia de imagen y conceptos
que nos tapien la mirada,
para que ella pueda construir
el horizonte que la respira.
Aurora de cada posibilidad
a punto de brotar como agua
que nos vuelve a conceder la vida.

No conozco tu rostro,
me lo roba la noche,
que hace de las huellas
un olvido encendido.
Tu infancia se alimenta
del fulgor de mi entraña.
Tu rostro como un pozo
me refleja y se pierde.

Y el tiempo no responde.

Hueco de luz que me persigue
y no puedo alcanzar,
perfecta redondez de sí,
fuente o cáliz en que saciar
la tristeza de no pertenecerle.

Viajé lejos de él
como un arbusto herido
por su propio aire.
Estuve tan cerca de ti
que me dolías
y no quise tocarte
para no romper tu sombra.
Te separaba la noche de la luz aterida.
A contraluz te elevaste
sobre el perfil de la duda.
Hojas y espacio
luchando por fundir su nada.
Espejos de un mismo palpar
contienen su confín en sí.

*“Y en vez de la nada, un vacío cualitativo,
sellado y puro a la vez, sombra de la faz de la
belleza cuando parte”*

(M^a ZAMBRANO)

Lanza tus ojos a lo hueco
y déjate contemplar
por la primera luz del día primero,
que ahora es siempre.
Baña tus manos con un agua
que tiene en sí el único posible reflejo,
el que hace avanzar las sombras
de las hojas a lo largo del día.
Luz que dice que el mundo navega
y nada permanece.

Solo ese instante inicial
donde todo puede volver a ser principio
siempre.
Solo esa voz a punto de ser canto.
Siempre.
Solo esa carne siendo vibración y espejo.
Sin tiempo para dejar de ser eterna ala
que se lanza alto y se vacía.

Agua de luz que cubre las pupilas
y no mancha las formas de derrota.
Paraíso en la caricia
que moldea el aire en agua
y le clava un arpón de lumbre al centro.
El centro de uno mismo
que no deja de sí el todo en cada todo.
Cáliz vacío que se entrega
y que contiene el infinito y dorado tamiz
del polen a punto de ser ya primavera.
Silencio retráctil
que en sí calla el silencio.

Más nada que la nada.

HEBRA Y SUTURA

(2012)

I

Es invierno en la mirada. Es ceniza cansada,
Gólgota del hambre y musgo ajado sobre el aire.
Alimentas con tu huida un hueco que no duele,
porque también es presencia el frío
con su goteo de hierro. Garfios sobre el campo,
tridentes calcinados y odres marchitos,
el día se encadena a lo profundo,
tiembla como esquila, y mi huella deja fatigado el verde.
Por buscarte en él me he vuelto turbia como un charco.
Por buscar el incienso de tu cuerpo,
las aristas que me colman con su dentellada oculta,
me esfuerzo en respirar

la densidad colmada de tu ausencia.

II

El gozo ya me busca, anunciándose despierto por algas
[y paredes.

Agonizando sudarios, anunciando el fuego,
avanzando el olvido más sediento. Avisando el silencio
[que se escarcha
como ave de hielo y de rapiña, que quisiera hacer nido
[en mi costado.

No tocarte hiera tanto como ahogarse en cal.

La hermosura más extrema me ha negado su percusión
de libélula y su ánfora. Se me anuncia en los brillos
[y en los ritmos

que se pasean al aire.

Pero no ha bebido el polen de mi sangre,
y me ha concebido hueca, transfigurada de espera,
torturada en ruinas,

abierta a lo imposible, saqueando mis entrañas de animal
[moribundo.

Me anego en catástrofes de pena, ruta de la asfixia, tiniebla
de caminos, trémolo de la incertidumbre en que pierdo
[tu existencia sin nombre.

Antífona de la desolación, pavana del vértigo y del frío.

III

Suena música dentro de la noche. Yo soy
la música y la noche, y el crepitar denso de los chopos
que se enredan palpitantes con el cielo.
Vibran campanas en los trastes del espacio,
y el ravel del tiempo se dilata en bucles, y se pliega.
Lino alado, vibrátil de electrones y neutrinos,
de fotones que hacen interminables nuestros ojos
y contemplan de Crotona los columbres.
Octavas encogiendo el infinito

en su extensa simetría.

Hay tanta belleza fuera que no puedo asumir lo oscuro,
el delirio ansioso del dolor de lo que siento vivo,
y que yo quiero salvar de su desdicha que es la mía.
Luz y masa confundiendo sus latidos,
ondas y partículas jugando a no ser ciertas, y a decirle
[al hombre
que es inmenso cuando olvida el silogismo y se deja
navegar por lo improbable

de ser distinto a lo que mira...

Y vuelvo a ser música en la noche y la armonía con que
[alumbras
en mi desconcertada vida, tu vacío, pellizcando con violines
mi alma errante, navegando a Fauré sobre las aves,
que giran en el lubricán del día. Y al tiempo soy la noche
de la música, ese concierto en fa menor opus 21,
ese largetto de piano en el que Chopin rozó el origen
de la belleza extrema y del dolor.

Ese instrumento triste habla del agua,
del abandono y de las cicatrices que deja la vida en nuestra
[vida.

Ese *larghetto* que es de espuma, y alarga la melancolía
hasta el ocaso, y nombra de tu rostro, el llanto,
“de profundis clamavi ad te Domine”,
por no poder ser más de lo que somos.

Aun sabiendo que somos música en la noche
y sostenemos en la mano el infinito.

VI

Mansedumbre en lo oscuro.
Tiritar de luces en los poros.
La noche es más líquida que el cobre
y su lumbre se condensa en lágrimas.

La tensión se contrae y mi tacto vuelve a ser arena.
Hay tantas formas de ser aire que quizá duela menos la espera
cuando el brezo de las luces ya se incendia
y me salva en su ruina. Arena que disuelve las palabras
y que da forma al vacío. Respirar es
un dulce trance cuando espera lo eterno.

Siento arrancarme de la piel palabras que nunca han sido dichas,
sembradas y esparcidas por el hambre.
Ya no escribo, pinto vómito en lo blanco. Nieva azogue
por mis venas, sobre las enfermas paredes de mi piel
y en la melancolía macilenta de mi nombre.
Afuera no es afuera,
es separación de cuerpos que han aprendido a danzar
en el ruidoso silencio de lo oscuro.
He rozado con ansia los sigilos
y me han devuelto súbitos puñales
sin que hagan mella en la pregunta.

Amargos surgen como frutos en la noche
los ojos de los búhos, sus cristales.
El vino de la nieve ha vuelto ebria ya mi sangre.
Mis lágrimas calcinan la tierra
en donde caen como diluvio.
Siembran perlas de luna entre las piedras.
Crece así la sombra, y se adensa en mí lo manso.
Lo lúgubre tiene acequias calladas escondidas tras las rosas.
La noche también tiene un rostro dulce.
Me hace imaginar el yermo lejos.

Cerrar los ojos solo es navegar
una cavidad blanca e infinita.
Ser un trozo de galaxia. Más que nitrógeno y helio.
De la materia del trémolo y del aire.
Violines, cefeidas y yo somos lo mismo. Plegaria
del vacío donde anida todo
lo que se imagina noche y es mi aliento.

VIII

Ojos de hormiga extendiéndose en el cosmos,
hueco de luz y humo, caos de Hesiodo que le habla al vacío
y que me colma. Hubo un principio en el deseo.
Tenía eco y murmullo, pero no forma.
Toda una burbuja reventando en sí.
Apuntando a ser herida.
No cabe la costura en mi mirada,
no hay asombro que se empañe
en el agosto blanco del cansancio. Tú
te dibujas cada hora, nuevo
te diseñas, rítmico en mi vida.

La distancia que te indica no puede ser rimada.
Ni el tiritar cacofónico de la espiga ser pintado.
Todo es más grande que sí mismo.
Tres mil millones de latidos en la vida
no pueden hablar de lo que siento.
Orgasmos estelares no son nada,
millones de estrellas no son nada,
si no existe de ti ni la memoria.

Gaviotas que avanzan sobre nubes,
barcos varados te señalan, mallas de luz que atraen
detrás de sí a nuestro otoño.
Rojo perfil del tiempo en el que encuentro
tus manos marcadas como enjambres.
Punta de lanza que me arroja el invierno.

La conmoción de lo blanco que nos cubre
los ojos, y nos desliza el destino.
Vitales cósmicos te anuncian
y no dicen de ti lo que no saben.
Leonardo da Vinci intenta ser un ave,
intenta hacer caminos en las nubes,
para poder llegar a ti. Pero su tiempo
es el tiempo de los sueños,
el de sentir que hay algo que nos nombra,
y es más complejo que sus partes.
Nicolás de Cusa diciéndote redondo,
haciendo de tu centro la espesura,
avanzando tu límite al vacío.
Bruno rozando el infinito.
Pascal uniendo los extremos.

Partículas y estrellas en un vals
cuya música percute en el silencio.
Asteroides, planetas y galaxias
copulando en un orden presentido.
Y yo no siendo nada frente a ellos,
sintiendo la intimidad de sus latidos,
más dentro de células y sangre,
herrumbre del misterio del principio.
La geometría de la vida tiene un nombre,
un bautizo de alas y huracanes
que anudan en números su origen.
¿Dónde está tu huella en ellos? ¿Por qué
escondes a mis ojos tus pisadas?

Detrás del asombro te conozco,
cuando el cristal de hielo y las arañas se confunden.
Cuando una playa y una hoja mudan
en verde las arenas.
Cuando el desierto es un oboe quieto,
o la luna gotea en las cigarras.
Has de saber que la espera también canta,
que convoca un lienzo de palabras,
y que vibra despacio hacia la altura.
La luz también nos pertenece,
vuelve transparente la tristeza,

abrasa el brillo de lo informe y hace del cristal,
escarcha.

XII

Tu pregunta arranca aullidos a mi sangre.
No estaba cuando cimentaste el vacío,
ni me hiciste saber de dimensiones.
Los astros asistieron a la síncope
de situarte en el centro.
Yo no escuché el chirrido de tus puertas
suturando las aguas,
el cáliz para siempre de mis ojos.

La aurora sigue construyéndome el abrazo
y la hebra de la mañana lo propaga.
Aunque vi lo inmenso,
no ascendí a su mordedura,

ni supe del estanque de las luces,
ni del lugar donde el mar se coagula en hielo.
Hay un cendal que estrangula la luz
de tu relámpago, que no puedo velar,
y sin embargo siento que me inquieta.
Mis brazos humean alabastro,
amparados por la angostura de tus alas.
La quemadura de mi astucia
tampoco aflige a los soberbios.

Pero tu alabanza es la zarza en que acurruco
mi tiempo, su alcázar y su sombra.
Te reconozco en la calidez y en el milagro,
en la simetría que no rezuma el viento.
Y ante el blanco que rasguea mis latidos,
y la cicatrización de mi espera en carne viva,
“tiembla mi corazón, y se me salta de su sitio”.

XIV

Arquitectura del aire en pájaros,
haciendo del sol fragmentos,
lanzas y trémolos de dicha.
Hervor de milagros ambulantes
con plumas y gorjeos. Tus ángeles ligeros
que visten la mañana de rebaños leves,
de lámparas porosas que ascienden hacia el día,
y me hablan del Simurg,
de la pérdida, la llama y la polilla.

Y del espejo en que contemplo
el texto oculto en que se cifra el cosmos.
En la cumbre del frío,
las plumas se restañan en los lindes,
y la transparencia que rezaba el poeta
suma y resta la nada con la Nada.
Un segundo infinito bajo la arcada de luces.
No hay momento en la noche en que el sol
esté más alto,
ni tanto sea tan poco.

XV

Entro en el crepúsculo de fuego,
con tu presencia callada como nube.
Untada en ti. Turbada por tu ardiente transparencia,
siento la inmortalidad del viento,
de su insólito ritmo sin sentido.
Abrigar la luz, respirar por los guijarros
que tachonan la tierra.
Tu universo danza en mis latidos.
El tacto de tu brisa hace naufragar

mi respiración en blanco y en callado.
Corriente cálida que empuja
y transforma el pecho en su guarida.
Tambor de astros, golpeándome en la noche.
Cuchillo lácteo que rompe el cielo
y que desgarrar. Sed de un desierto sin espejos
que enturbien. Aire y más aire en el silencio.

Carne de violín tensándose en tu adagio.
Ritmo de ceniza de ave bajo el amparo del llanto.
Danzar en torno de la lumbre como polilla en celo,
sintiendo aletear en mí tus átomos.
Voltear mi cuerpo sobre un eje
en el que se sostiene el tiempo. Cerilla
de nada, élitros fracturados, vértigo o graznido,
navegando un invierno que no es frío,
un hueco que no duele, porque también es
presencia lo profundo que me ahoga,

y roza sonámbulo un acorde de luz que no se calla,
y me dice que soy zarza, dardo blanco,
o mandala del silencio de ese corazón donde
están brotando las flores en mitad de la noche.

OTROS POEMAS

(2001-2012)

LO BELLO Y LO TERRIBLE

“Pues lo bello no es más que el comienzo de lo terrible”

(RILKE)

Nada es distinto del tiempo que lo enlaza
y lo condena.
Ser ceniza es nuestra urdimbre primitiva.
Por eso esta tarde de apretadas punzadas
estivales
y de láminas de sangre sobre el cielo,
desconozco mi trama.
Si soy sentir, hoy me siento incendio, bosque,
cristal, o cuenco de agua derramada sobre
el aire efervescente.
No futuro, ni muerte, ni agonía
del que deja su estela huérfana de blanco
sobre el día que lo acoge entre sus horas.
Si soy mirada, las bengalas de los ojos
me prometen aullidos de ascuas en el río.
No el silencio del color en la pupila
ni la traición anegada de las formas.
Si soy piel, el pino hierve y las estrellas
respiran faros encendidos por mis poros.
No me acecha la fatiga ni presiento
cicatrices en el ritmo vegetal de lo que muere.
Solo la existencia inmóvil del futuro
ensombrece el éxtasis de luces esta tarde,
y me acerca el otro lado de lo hermoso,
que ya empieza a ser terrible.

MANIFIESTO

Sobre el candor alfombrado de los días,
con el tacto rozando el crisol de los milagros
y su ausencia de leyes,
con los ojos colmados de vértigos y selvas,
palpitando en el frío del asombro,
proclamas
en el precipicio convulso del amor,
que tu camino tiene forma de palabra.

ANUDO MI PALABRA AL SILENCIO

El cristal en que anudo mi palabra
no tiene quilates ni aristas.
Es abismo opaco de deseo,
vivero inmóvil de la luz
que hace cada día nuestra piel
derretirse en espacio.

Es el vacío silente
que me redime la vida.

POEMA

La felicidad tiene forma de palabra,
de secreto antiguo y vegetal
en el cauce lento de una voz
que recrea el fuego seminal del mundo.

La felicidad callada de esta tarde
contiene en el temblor de sus minutos
la carnalidad ociosa de la muerte.

LA BELLEZA

La tierra tiritita de hermosura.
Tanto esplendor que duele
y no lo puedes contener
en el cuenco vidrioso de tu carne.

Hoy contemplas otra forma de morir:
de pura belleza calcinada.



OSCURECE

Una habitación oscura,
y un caudal de noche
que rompe las alas a las horas.
Es el límite que el vértigo
la carne puede resistir.
Toda la existencia cobijada
en el engarce
del silencio con la sombra.

LA MADRE

Pájaro imposible del olvido,
canto congelado
que hizo de sus alas
el altar alumbrado de la sed,
escribes cicatrices con tu vuelo

—Todo lo que olvido
está amando su gesto—

Tendré que cruzar el desierto
inalcanzable de los días,
para poder dormir de nuevo en su regazo.

VESTIGIO¹

El tiempo no se mueve,
roza la ascensión con su materia.

Navega la sombra entre los pasos
como un broquel de incienso.
¿Hacia dónde espiga el aire sus hogueras,
fragmentadas de blanco en los fanales?

Al fondo, dos semillas de altitud
que al sol empañan,
sobre la estrecha arteria de la tarde.

El tiempo es un coágulo de piedra
que cobija la paz en su ruina.

1 A la Calle Jesús

AQUILES Y LA TORTUGA

Que todo se mueve parece una certeza.
Las ramas del alerce se cobijan
en la brisa cada tarde,
alientan en mi piel, vapor de arroyo,
y afirman la certidumbre en mis sentidos.
Zenón erigió el dilatado intervalo
hacia la nada, como prueba del instante.
Derivó de la dicotomía entre el permanecer
y el andar dividiendo en uno mismo
el propio miedo, la imposibilidad de avanzar.
Pero la semejanza entre la quietud
y el vértigo absoluto de vivir efímeros
tiene en tus ojos y tus manos, su evidencia.
Prolongas tus caricias, y tu tacto
me acerca a lo imposible de otro modo.
Me hace concebir lo perdurable,
más allá del espacio, en tu mirada,
que ahora custodia inmóvil a la mía,
y me dicta la sentencia de tu carne,
a la que el tiempo vencerá, sin duda alguna,
aunque ya ha dejado su herida sobre el tiempo.
La lógica es fugaz, igual que el mundo,
y el infinito en tu ser tiene el perfil
de las cosas que suceden y se marchan.
Sin embargo, ante la posibilidad de estar
eternamente quieta y sola y no morir,
y el aceptar que tiene fin aquello
que está vivo, y que yo amo,
resuelvo la paradoja entre tus brazos.

ETERNO RETORNO

No ha parado la noche de exudar cansancio.
Todo está quieto en el brocal del mundo
que ilumina leve la luz de una farola.
Sostengo el silencio de mi respiración
como si fuese un pájaro que quiere alzar
el vuelo arrastrado por la nada
que circunda mi cuerpo frágil y su vida.
Extiendo los dos brazos para ver si puedo pulsar
la sutura de lo que no tiene extensión
y aun así se extiende hacia el abismo.
Y percibo lo curvo que es el tiempo
en un mar dilatado de vacío.
Recuerdo una cita de mi infancia:
“Lo que fue, eso será; lo que se hizo,
eso se hará; nada nuevo hay bajo el sol”.
Pienso si la noche es diferente,
si avanza en línea recta y da cobijo
a aquello que redime,
o si insiste rítmica en el miedo,
gemido inseparable del enigma.
Miro a mi lado y te contemplo sometido
profundamente al sueño,
y tengo la impresión de no alcanzar la paz
que tiene tu rostro en este instante.
Cojo tu mano y acaricio mi vida en ella
—se toca la verdad en el silencio
con más convicción y mansedumbre
que en la forma donada a los sentidos—.
Y a pesar de renunciar a la certeza
de lo que avanza y espera en el futuro,
desearía ahora condenarme a repetir infinitamente
repetir el mismo gesto.

NEVADA

Estirada
vertical
a su lamento,
El oráculo del invierno se derrama
Sobre el charco manso de los días.

Y me ha prestado
Su voz
Para callarlo.

MIENTRAS DUERMES

Una cuna en el aire
y el trigo arrullado.
Canta la noche su silencio
para que mis ojos se hagan nudo
con tu sombra.
Y borren de tus sueños
la ceniza.

PEZ DE ARENA²

Un pequeño pez de arena
que dejó seco el mar de tus entrañas.
Una libélula de sangre
que acurruca su futuro en tus caricias.

¿Adónde caminará si no hay sembrados?

Un ser partido en sus sollozos
que respira un horizonte sin senderos,
y a quien verás crecer en el dolor.

No podrás ya separar su vida
y tu tristeza.

Sientes las escamas o las alas
como cuchillas de sal entre tus venas.
Y acunas las hormigas de luz
de sus pupilas,
que te prometen tiempos nuevos.

2 Poema escrito a partir de una foto de Eduardo Margareto en la que una mujer saharai acaba de dar a luz en un hospital de refugiados en Tinduf, al norte de Argelia.

OCTUBRE Y EL OLVIDO

Lenta tarde de ahogados y arrecifes.
Tarde lenta en su lento desamparo.
Vuelven a ti las jarcias del recuerdo
A llenar sus odres en tu abismo.

Volaste el cansancio de mi pecho
De agua, despeñado entre agujijones
Al paso sediento de la muerte.

Hoy se ha roto el tiempo de lo escrito,
hoy soy alga o roble, sal o páramo
que aúlla el crujir de sus ruinas
frente al altar devastado del amor.

Octubre empieza a destilar en mis entrañas.
El tiempo se filtra por sus grietas
como un saltamontes ciego y mutilado.

Oigo anidar las arboledas
bajo el frío esqueleto de las horas.
Horas de cuarzo, minutos como hormigas,
una marejada que me inunda el rostro.

Estaba tan desvaído el color de las pisadas
que el cielo se hizo huella.
Comenzaste a tener los ojos huérfanos
de musgo suave y pan reciente,
y dejaste de oler a nido.

Habías sido blanco junto a aquel mar de ascuas.
Entre su espuma, tierno y tembloroso.
Tus ojos guardaban el crepitar de las semillas,
y tus manos, como mimbres de aguacero,
bautizaban cada día mis riberas.
Yo no sabía nombrar tu aliento sin decir amapola,
viento, sangre desconcertada o lumbre.

Vimos juntos al rayo que destroza
tiritar de hambre en nuestro tálamo,
y volvimos del sembrado de la noche
tatuados de fuego y de rocío.

Hoy soy cauce que derrama sombra
bajo la arcada incesante de tu canto.
¿Dónde podrá tener la tarde
más dolor azul en mis heridas?

Todo es por tu recuerdo que me sangra,
todo por el párpado que duele,
todo por el luto, todo por el luto
en que dejaste aquella tarde los rosales
callados y mansos de mi lecho.

No debiste resbalar entre las manos
que arracimaban la dicha de la entrega.
Pudiste haber vestido aquel instante
de la luz donde la luna puso aristas
en la llaga de la piel de mi recuerdo.

Ya están aquí los cuervos de la pena
mordiendo furiosos la memoria.
¿Dónde podrá sembrar la lenta tarde
más negro dolor en mis heridas?

Pájaros incinerados de culpa
angustian el cansancio de los astros,
mientras la soledad se enreda en el silencio.

Sólo se mantiene octubre y su abandono.
Sólo su nombre seco y desconcertado.
Sólo el olvido lento
sobre el lento frío de sus lluvias,
y esta ciudad, sudario ya de tu presencia.

UNA CARICIA

*Y arranco con mis manos
un puñado, un pichón de nieve,
y con amor; y con delicadeza y con ternura
lo acaricio, lo acuno, lo protejo.
Para que no lllore de frío”.*

(JOSÉ HIERRO)

Hay un pájaro de nieve.
El poeta lo protege
como resguarda su infancia
del deshielo del olvido.
Lo ha bautizado,
para no dejar morir
la inocencia de su vuelo,
con su canto.
El poeta le canta
la melodía que sabe:
Las palabras que derriten
con silencio al frío.

Hay un pájaro en un árbol.
Todo el invierno ha dejado
su cansancio
para beber de las brasas
blancas de su trino.
Un pájaro ha parado el tiempo
con sus alas, que no son plumas,
sino copos movidos por un son
que hace aquietar al viento,
y al paisaje, y a los versos
estancados en la tarde.

Otros poetas llamaron al pájaro
con los nombres del dardo,
del relámpago o del lienzo.
Pero el corazón es más fuerte
que la orilla de sus ascuas.
Por eso las lágrimas
dieron un nuevo clamor al agua.

Pájaro, poema o nieve,
qué saben de límites los ojos.

Del blanco al vuelo, solo una caricia.

LA DANZA

Y yo me mecía
entre otros brazos...,
cuando era la luz
quien me sometía
en su lazada infinita.

No supe de quemaduras
hasta que dejé al dolor
signarme con tu nombre:

Luz de la nada,
más profunda
que cualquier herida tierna
que pudiera imaginar mi vida.

SOMBRA Y PÁJARO

a J. A. Valente

Un hombre se dirige al horizonte,
hacia donde se estrechan los sueños,
antes de ahogar sus luces
en el sumidero callado de la noche.

El calor se hincha entre la fronda
y anuda su silencio a una cigarra.

El hombre escribe:
“Y tú ardías incendiado,
solo en la infinitud del universo.”

Y sus manos transportan dos antorchas
que recorren e inflaman el futuro.

Un hombre siente una serpiente
entre su sangre, que gangrena
la hermosura de su llanto.

Pero sus lágrimas bautizan
con un nuevo barro la espesura:
“sombra y sombra y sombra”,
mientras el crepúsculo anida en el vacío.

Alguien canta su nombre entre los árboles.
Es un pájaro cansado de su vuelo
o un río que no quiere ser ya transparente.

El hombre toca de nuevo la palabra:
“Pero tú aún ardes luminoso”.

La tarde se deja derrotar y cede
su territorio a la sombra.

El hombre se viste de amarillo
y vuela como una alondra frágil.
Y su trino se expande en el silencio.

REGRESO

¡Que apasionada luz la de este vuelo!

(JOSÉ LEDESMA CRIADO)

Se cubre el cielo blanco
de pinceles esta tarde.
Baten nubes como azúcar
y mezclan aire con colores
tartamudos de belleza.
Sienten que les busca el nido,
cíclico imán que les alumbra el cauce.
Arrastran el crepúsculo que pueden
en sus plumas,
que trizan el tamaño de su vuelo.
Llevan en su pulso primavera
y dicen que no hay nada
que no pueda ser nuevo.
Ellas creen denominarse alas
pero su nombre auténtico es milagro.
...O Luz.

LA HECHURA DEL ESPACIO

Dormitan los minutos. Gotea
claridad en el reverso del mundo.
Y la tarde parece demorarse
en su fragor de fuego,
en su letargo de sable,
ante la ociosa y contundente maraña
de las nubes. Incrusta su cuerpo
el Patio Chico en un engaste del espacio,
como un estanque callado y transparente.
A expensas de las horas,
el crepúsculo revela los perfiles
de las Torres, su alto desafío
de tormenta, su diseminada
altivez de baluarte. Su epicentro.
diluye el lienzo del invierno,
la nieve cansada de los ojos
en una pirotecnia ardiente de materia.
Y la pradera del fulgor su edicto ya proclama.
Agavilla silente su oración:
la hechura en paz del universo
se ajusta perfecta en este hueco a la mirada.

LA MAÑANA

I

El campo está lleno de misericordia esta mañana.
El verde cruje ante el temblor del aire
y la asfixia solo consiste en no ser
espiga clara, o araña mecida por la brisa.
Hay una luz herida en la distancia
de un país donde se incendian los nombres
al rozarlos. También se impone un claro júbilo
que reside en descubrir la lluvia
y su lento celofán de mansedumbre,
de hebra que abismal trasluce el mundo.

Cómo aclama la certidumbre y su extensión
de ola esta mañana, cómo emerge
de sus compuertas desplegadas el vehemente
ser de luz que da aliento a las palabras
y a las huellas. La acompaño sin saber
si su hogar de fuego calcinará mis iris
con su sublevación de nieve.
Me ciño a su desmedido ritmo
que golpea sin piedad en mis latidos,
y despuebla de lógica mi lengua.

Aves de ceniza ascienden, como un pasmo
vertical de escarcha y chaparrones,
por la sementera del silencio.

II

Roza la mañana con su luz el canto tibio
de las cosas. Su tela inmóvil y callada.
Se desgrana entre las ramas y en las piedras
el centelleo húmedo del frío.
Cobijan mis pisadas la majada
apenas distraída de la noche,
y acaricio una sábana de bruma con mi rostro.
La campana de la aurora concuerda
con la pulsación cansada del camino,
y salen a señalarme el iniciar del día
sus himnos leves y crujidos.

Argenta el cielo con sus nubes los restos
del espacio de lo oscuro, el pomo rojo
que abrocha las pisadas de lo verde,
sobre el que habrá de derretir la pena el aire.
Contemplo su esplendor abrupto, el alero
del día en que reposa el vuelo de lo breve.

Toda mi infancia derramada sobre
el encaje de nylon de este hielo.
Todo el tacto comprimido de los días
que deja su marca de llagas en los ojos.
La infancia que como una cáscara inerte
de la noche se deshace. Se licua
su certeza al tiempo de las sombras.

Bajo el brillo opaco de las nubes
como un paraguas efímero que avanza,
arrodillo mis ojos a su tiempo.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

- La disolución*, Salamanca, Amarú, 2001.
- El origen del mundo*, PUERTO, José Luis (ed.), León, 2002.
- Metamorfosis*, Valladolid, Junta de Castilla León/Academia Castellana y leonesa de la poesía, 2004.
- Señal o Vestigio*, inédito, 2009.
- Hebra y Sutura*, inédito, 2012.
- “Lo bello y lo terrible” y “Manifiesto”, en PUERTO, José Luis y SÁNCHEZ SANTIAGO, Tomás, *Las palabras de paso. Poetas en Salamanca 1976-2001*, Salamanca, Amarú, 2001.
- “Anudo mi palabra al silencio”, en VVAA., *Quinta del 63*, Salamanca, C.E.L.Y.A., 2001.
- “Poema”, “La belleza” y “Oscurece”, en VVAA., *Quinta del 63*, Salamanca, C.E.L.Y.A., 2001.
- “La madre”, en VVAA., *El Cielo de Salamanca*, Salamanca, Caja Duero, 2002.
- “Vestigio”, en VVAA., *Álamo*, Salamanca, Ayuntamiento de Salamanca/Consortio Salamanca, 2002.
- “Águiles y la tortuga”, en ESCRIBANO HERNÁNDEZ, Asunción (ed.) *Femenino plural*, Salamanca, EDIFSA, 2004.
- “Eterno retorno”, “Nevada” y “Mientras duermes” en ESCRIBANO HERNÁNDEZ, Asunción (ed.) *Femenino plural*, Salamanca, EDIFSA, 2004.
- “Pez de arena”, en PÉREZ ALENCART, Alfredo (ed.), *El mundo al otro lado. Ochenta fotografías para ochenta poetas*, Salamanca, Explorafoto/Junta de Castilla y León/Caja Duero, 2005.
- “Octubre y el olvido”, en VVAA., *La tierra en las entrañas*, Salamanca, Caja Duero/Instituto de bachillerato Fray Luis de León, 2005.
- “Una caricia”, en PÉREZ ALENCART, Alfredo (ed.), *Otras voces, nuevas voces* (Antología del V encuentro de poetas hispanoamericanos en homenaje a José Hierro), Fundación Camino de la Lengua Castellana / Ayuntamiento de Salamanca / Ministerio de Educación y cultura, 2004.
- “La danza” y “Sombra y pájaro” en PÉREZ ALENCART, Alfredo (Ed.), *Otras voces, nuevas voces* (Antología del V encuentro de poetas hispa-

noamericanos en homenaje a José Hierro), Fundación Camino de la Lengua Castellana, Excmo. Ayuntamiento de Salamanca, Ministerio de Educación y cultura, 2004.

“Regreso”, en VVAA., *Álamo. Número homenaje a José Ledesma Criado*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2007.

“La hechura del espacio”, en VVAA., *El cielo de Salamanca. Patio Chico. Torre del Gallo*, Salamanca, Ayuntamiento de Salamanca / Fundación Salamanca Ciudad de Cultura, 2009.

“La mañana”, inédito, 2012.

ÍNDICE

LA POESÍA DE ASUNCIÓN ESCRIBANO: CAMINO DE PALABRAS PARA EMPRENDER EL VUELO.....	9
JOSÉ LUIS PUERTO	
LA DISOLUCIÓN.....	27
(2001)	
EL ORIGEN DEL MUNDO.....	49
(2002)	
METAMORFOSIS.....	53
(2004)	
SEÑAL O VESTIGIO.....	75
(2009)	
HEBRA Y SUTURA.....	91
(2012)	
OTROS POEMAS	105
(2001-2012)	

ISBN: 978-84-7797-374-4



Diputación
de Salamanca

Cultura

Ediciones